

obtenido el permiso para ir á San Petersburgo, fué expulsada por haberse declarado en favor de los Griegos, y murió en Crimea en donde intentaba fundar una especie de establecimiento penitenciario. ¡ Honor y bendiciones á la que supo vivir hasta el final y bajo el escándalo de su celo, como un infatigable mártir de la caridad !

Pero Francia, para no ser ingrata, es la que debe guardar el recuerdo de una persona que desde muy temprano volvió los ojos hacia ella, que embelleció su sociedad, adoptó su lengua y honrado su literatura, que la amó siempre como María Estuardo la amó, y que traicionando su embriaguez mística, no soñó sino con el deseo de ser una Juana de Arco de la paz, de la unión y de la misericordia (1).

1º. Julio 1837.

(1) En un tomo diferente del nuestro pero sin malevolencia y con pleno conocimiento de causa, un primo de Madama de Krunder, el conde de Allonville, le ha consagrado un capitulo en el tomo VI, pág. 292, *Memorias secretas*.

MADAMA DE CHARRIÈRE

¿ Es crítica lo que hago al esbozar estos retratos? Hay muchas personas que lo creen así, y que me compadecen por mi absorción ó disipación. Otros, partidarios de la crítica, me aconsejarían que fuese más enérgico dudando de mi rigorismo. Para mí, en efecto, ¿ es preciso confesarlo? este cuadro en el que la crítica no interviene con frecuencia sino en un lugar muy secundario, no es más que la forma particular y acomodada para expresar mis propios sentimientos acerca del mundo y de la vida, y para exhalar disfrazadamente cierta poesía oculta. Es un medio, algunas veces, para continuar la elegía interrumpida. Si reuno según mi ideal un buen número de estos artículos medianamente severos, y algunos de estos retratos, parecerá algo como una ojeada á los rincones de Alcibiades, encontrados y trazados aquí y allá, pero que no deberán formar parte del mapa del Atica. Este mapa es la historia general de la literatura que esperamos escriba bien pronto, nuestro amigo Ampere ó algún otro semejante. Al escoger con predilección algunos nombres poco conocidos ó ya olvidados, y fuera del camino tantas veces recorrido, obedezco á ese placer del corazón y de la fantasía que hace producir á los demás, más afortunados en imaginación, cuentos y novelas. Solamente mis personajes no fueron creados aun cuando parezcan extraños. Son verdaderos, han existido, y así me cuesta menos trabajo que el inventarlos y describirlos. Resulta de este primer cuidado, y de este primer misterio de mi estudio con ellos, que los

amo, que un reflejo mío llega hasta ellos, un matiz que da al conjunto de sus figuras, una cierta emoción. Este interés que en mí se despierta, es el mismo que con frecuencia existe en las novelas de un solo personaje. He aquí uno todavía, hacia el que el azar me guió y con el que deseo unirme estrechamente después de nuestro conocimiento.

Horacio se complace en colocar á Venus ce ca de los lagos de Albania en mármol blanco bajo las ramas del naranjo ó del limonero : *sub, trabe citres*. Muchos libros pequeños nacidos de Venus y queridos de sus gracias, se ocultan perfumados en sus mesitas de palo santo. Para quien, hace veinte años, echó una mirada curiosa, y ha paseado su mano distraída sobre algunos de estos volúmenes preferidos, nada le es más conocido que *Calixta*, ó *Cartas escritas desde Lausanna*; nada le es menos que el autor. De él es de quien yo quiero hablar.

A juzgar por la obra se creería que el autor nació en Lausanna ó al menos en la Suiza francesa. Madama de Charrière vivía allí, pero no nació. Su nombre es uno más á añadir á esta lista de ilustres extranjeros que han cultivado y honrado el ingenio francés, la literatura francesa del siglo XVIII, en la que figuran el príncipe de Ligne y Madama de Krunder. Era holandesa y es preciso atreverse á decir todos sus nombres.

Señorita I. A. E. van Tuyll van Serooskerken van Zuylen era hija de nobles barones que tenían un tan largo nombre. La llamaban *Belle*, abreviatura de Isabelle ó de Arabelle. Tengo á la vista numerosas cartas de ella á su madre desde 1760 á 1767. En estas fechas aun no se había casado y tendría veinte años próximamente en 1760. Pasó su vida en la alta sociedad holandesa, los veranos en el campo de Voorn, en Heer, y en Arnhem, y escribió á su madre siempre en francés. Leyó con avidez á nuestros autores, á Madama de Sévigné, la *Mariana* de Marivaux y hasta *La Escocesa*, de Voltaire, exquisitos frutos de aquel tiempo. *El Mundo moral* de Prevost, le califica de una especie de

novela original y muy bien escrita pero sin desenlace, y dice que es también más que una intriga una serie de reflexiones sobre diversas historias que no se relacionan entre sí, teniendo algo de risueño y de trágico, de delicadeza y de solidez. Me ha costado trabajo — dice — al salir de estas lecturas ocuparme, como quería, de Pascal y de Dubois. Sin embargo volvió á leerlos y aun á otros más serios en esta patria adoptiva — como ella dice, — de Descartes y de Bayle.

Sus tías y sus abuelos en sus cartas advierten, que es preciso contestarles en *holandés*. « Me he apresurado á hacerlo — dice, — y lo mejor que pude. Las *h, w, gb* no faltan así como tampoco las *th*. » Se burla, como Boileau lo hacia del Wahal ó del Leck y de los generales del país con nombres tudeseos :

Wurts... Ay que nombre, gran rey...

Pinta con soltura y naturalidad á la sociedad holandesa de *enlonces* como habría hecho una francesa salida de París que hubiese anotado en un diario las ridiculeces y las torpezas (1) : « Ayer gozamos de las bromas de un joven Amsterdams. » Y á las señoritas nobles casaderas, olvidando que ella lo es y que tendrá poco dote las hace objeto de sus alegrías :

« Te ruego que hagas mis cumplimiento á esa *freule*. ¿ No creerá como Madama Ruiseh, que, durante un tiempo tan lluvioso, y que no sabemos qué hacer, le haría falta para divertirse, casarse un poco? »

« Lo que me dices del poder del dote y de la inutilidad de la apariencia, me hace sonreír, como si yo no tuviese interés y como si no tuviese nada de común, con esas señoritas que pierden sus trabajos y su tiempo, sin atraer más que estériles dulzuras. ¡ Ay! déjame este placer, esta ligera esperanza como consuelo. ¿ Quién sabe? Hay amantes menos positivos. »

¡ Ay, mi querida madre, no pienses más. Mira más

(1) *De enlonces*, y quiero hacer constar que yo no me hago eco de lo dicho por Madama de Charrière, sino de lo que se refiere al pasado. La sociedad holandesa de hoy me aseguran que es encantadora.

bien á mi prima (*que se casaba*) con su aspecto, su vestido y sus pensamientos, pues te pediré cuentas de todo ello. Me parece que un paquete voluminoso de títulos no me haría envidiar este día, pues me parece que es preciso otra cosa para compensar lo que un compromiso eterno tiene de terrible. Deseo que mi prima sienta esa otra cosa ó que no sienta el terror. Querría que estuviese siempre alegre y que no llorase más que un poco; pero llorará, pues según dicen, esto está en el orden de las cosas establecidas. »

Esto no es nada pero ya tiene el tono. ¡ Qué neto y que bien dicho ! De pensamiento firme tanto como de agilidad, reflexiona acerca de los sentimientos humanos y ve las cosas por el lado positivo. Tiene talento y moraliza : « Nosotras estamos (su tía y ella) maravillosamente hasta ahora ; juntas hacemos descubrimientos acerca del carácter de los hombres : por ejemplo, hemos descubierto que en este mundo hay mucha vanidad y que casi todo el mundo la tiene. Juzga por esto la sutileza y la novedad de nuestras observaciones. » Ya se ve en el tono; es una señorita de Launay extraviada hacia Harlem. Cuando se burla del *Landdag* extraordinario en Nimègue, *en donde se delibera acerca de algunos barcos de heno y que ocupan á todas las bestias de la provincia*, nos recuerda á Madama de Sévigné en los Estados de Bretaña. Hay caricaturas trazadas con una sola frase :

« En el almuerzo, M. de Casembrood (el capellán), lee generalmente la Biblia, en camisa de dormir y con su gorro de lana; pero con botas y pantalones de cuero, con lo que resulta una figura muy risible y encantadora. Su mujer parece mirarle como á un nuevo Adonis. Siempre tiene buen humor, servicial, bastante cómodo y siempre se muestra muy atareado. Ayer nos complació con la visita del barón van H..., gentilhombre muy noble y no menos alegre. El lenguaje y sus vestidos, todo, invitaba á la risa. Yo

preguntaba : ¿ Qué es el nacimiento? Y después de sus discursos, me respondía yo misma : Es el derecho á cazar. »

Me parece que ya comenzamos á conocerla; he aquí á su talento que se dibuja, pero su corazón... Lo sujetó á la razón tanto como pudo, y sintiéndole impetuoso trabajó por contenerle. Era medianamente bonita, apenas tenía dote (pues los hijos gozan de toda la fortuna), era muy noble y no podía descender. Comprendió su suerte, y se resignó con un alto desdén oculto bajo la alegría. Madama de Charrière era un alma llena de fortaleza. Poco antes de morir en 1804, escribía á su amigo particular acerca de una visita mportuna é indiscreta que había tenido :

« Si creéis que M. y Madame R... podrían reemplazaros estáis en un error. Monsieur me ha hecho algunas pesadas preguntas en tanto que M. de Charrière dormía. Después de haberle escuchado con una especie de sorpresa le contesté. Todo lo que puedo contestaros es que M. de Charrière se pasea mucho en el jardín, lee durante una parte del día y juega todas las noches... » Cuando yo era joven he repetido mil veces subiendo al castillo de Zuylen :

El espíritu sabio y fuerte,
En el tremendo fastidio,
Desdeña que cualquier otro
Su triste suerte lamente.

No he olvidado mi lección para entretener á Madame R... con mis cosas. Apenas puedo decidirme á hablar á un médico de mis males, y cuando yo hablo á alguien de mi tristeza, es preciso que me vea forzada por un exceso de impaciencia que yo podría llamar desesperación. No me exhibo de buen grado sino para las distracciones que aún puedo proporcionarme. »

Tal como era estoicamente en visperas de su muerte, trataba de serlo desde la edad de quince años. Al salir

de la infancia, hacia 1756, escribía sus reflexiones entristecidas y bien maduras á uno de sus hermanos muertos poco después.

« ... Se alaban con frecuencia las ventajas de la amistad, pero algunas veces, pienso si son más grandes que los inconvenientes. Cuando se tienen amigos, los unos mueren y los otros sufren, y los hay imprudentes y los hay infieles. Sus males y sus defectos nos afligen tanto como los nuestros propios. Su pérdida nos desola, su infidelidad nos hace daño, y la dicha no es nunca como la desgracia : La buena salud de un amigo, no nos alegra tanto como su enfermedad nos inquieta. Su fortuna crece insensiblemente, pero puede decrecer repentinamente y su vida está pendiente de un hilo. Un error, un olvido, un malhumor, puede cambiar sus sentimientos con respecto á nosotros, y ¡cuán dolorosos pueden ser los menores reproches que podamos hacernos por esta causa! ¿ No valdría más hacer todo por deber, por razón, por caridad y nada por un sentimiento? Veo á un hombre enfermo, le consuelo cuanto me es posible, y si muere me conmueve un poco.

« Veo á otro hombre que comete faltas : le reprendo y le doy los consejos conformes á mi razón, y si no los sigue, ¡ peor para él ! Creo que sería mejor amar á todo el mundo como al prójimo y no tener ningún afecto particular, pero dudo mucho de que esto fuese posible. Dios ha puesto en nuestro corazón un anhelo de amistad que creo sería muy difícil vencer. Una bondad general no sería acaso bastante para hacernos cuidar de todos los que nos rodean, ni siquiera cuando son desgraciados para excitar nuestra compasión. Piensa, querido hermano, y dime si encuentras tanta alegría en *desahogar* nuestro corazón en el pecho de un amigo y descubrirle nuestros defectos y nuestras alarmas para recibir sus consejos y sus consuelos, como amargura sentimos por la muerte de un amigo y por sus sufrimientos... »

Y en postdata añadía después de la muerte de su hermano : « Me ha hecho sentir la amargura de la primera pena. »

La Señorita Zuylen leía y hablaba el inglés y conocía su literatura. Hizo un viaje á Inglaterra en el Otoño de 1766 y permaneció allí hasta la Primavera de 1767, conociendo á la alta sociedad, á todas las embajadoras y á la *nobility*. Su campo de observación varió. El siglo XVIII de esta sociedad inglesa se dibuja maravillosamente en sus cartas, como se reflejará después en las novelas :

« Te asombrarías viendo á estas bellezas sin ninguna gracia, talles esbeltos que no hacen una reverencia soportable, algunas damas virtuosas que tienen el aspecto de modistillas, mucha magnificencia con poco gusto. Este es un extraño país. Se contaban ayer en nuestra vecindad seis mujeres separadas de sus maridos, y esta noche he cenado con la séptima. La mujer de mejor aspecto que he visto, la más educada y la mejor en costumbres ha dado un número infinito de padres á sus hijos, tiene una hija que se parece á milord... y que es muy bella. Ella no cesa de hacer observar esta semejanza, y me ha hablado de lo mismo las dos veces que la he visto. »

Tenía lugar entonces, en Inglaterra, el renacimiento gótico al estilo del *Castillo de Otranto*, que luego se perfeccionó, pero que no ha cesado :

« Marzo, 1767. — Nada me había asombrado en Londres, pero he visto varios campos durante quince días que me han encantado. En los comienzos del mes de Marzo, esto me parece cien veces más agradable que todo lo que yo he admirado en otras partes, aun en la más bella estación. Pero ¿ admirarías tú ruinas recién construídas? Esto está bien imitado con sus agujeros, el color y sus piedras separadas, con yedra verdadera que cubre la mitad del viejo edificio, y es

engañarse á sí mismo sin poder engañarse. Sabemos que todo esto es nuevo, y aun admirando la fantasía y la imitación, no puedo decir que me guste este arte... Yo no haría construir ruinas en mi jardín temiendo que se burlasen de mí. Y estas ruinas están muy en moda. Se escoge el siglo y el país como se quiere; los unos son góticos, los otros griegos, y los otros romanos. Mi madre á quien tanto gustan los viejos edificios se complace viendo la Iglesia de Windsor con las banderas de los caballeros y sus armaduras completas. Yo he hecho una gran reverencia á la armadura del Príncipe Negro. »

Su carácter natural, como su aguda observación, quedan pues bien establecidos.

A la vuelta de este viaje, la señorita de Zuylen, enamorada según parece de M. de Charrière, gentilhombre vaudés, preceptor de su hermano (el país de Vaud era como el seminario de preceptores y de institutrices), se decidió á casarse con él y seguirle á la Suiza francesa. Su vocación literaria encontró entonces ocasión para nacer. En esta patria de Saint-Preux, próxima á Voltaire, pensó en realizar sus ideales. Allí debió conocer á Madama Nécker, y seguramente á Madama de Staël. Fué la primera *madrine*, de Benjamín Constant.

Y aún no hemos hablado de esto : ¿ vino á París (1)? El conde Xavier de Maistre, ese encantador y fino ático llega, por la primera vez en su vida, á la edad de setenta y seis años. Poco importa, pues, que Madama de Charrière no viniese nunca.

Habitaba de ordinario en Colombier, á una legua de Neuchatel, y observó las costumbres del país como una persona extraña á él, y con el perfecto conocimiento de quien en él vive. De ahí su primera novela.

(1) Vino. Más de una pregunta que pudiéramos hacer encuentra la respuesta en el artículo *Benjamín Constant y Madama de Charrière* (*Derniers portraits*).

Las cartas neuchatelesas aparecieron en 1784. Gr n tormenta á orilla del lago y sobre todo en los pequeños estanques cercanos. Ella misma ha contado en una carta algunos detalles muy interesantes.

« La pena y el deseo de distraerme me hicieron escribir las *Cartas neuchatelesas*. Acababa de ver en Sara Burgerhart (2) que pintando los lugares y las costumbres que se conocen bien, se da á los personajes ficticios una realidad preciosa. El título de mi pequeño libro despertó gran miedo, pues creyeron encontrar en él retratos y anécdotas. Cuando vieron que no era eso dijeron que no encontraban nada interesante. Pero sin pintar á nadie pinto á todo el mundo sin casi pretenderlo yo. Cuando se pinta con fantasía, pero con verdad, un rebaño de corderos, cada cordero encuentra su retrato, ó, al menos, el retrato de su vecino. Esto ocurrió en Neufchatel y se enfadaron. Yo quería poder enviaros el artículo que hizo de mis *Cartas* M. el ministro Chaillet en su periódico, porque es muy bonito y alabatorio. Me escribieron una molesta carta anónima en la que me decían muchas tonterías. La Señorita *** dijo que todo el mundo podía hacer un libro parecido : « Inténtelo le dijo su hermano. » Se pensó que yo había querido pintar á mis parientes: pero no se parecen estos en nada á mis personajes, y si lo hicieron fué para despistar. Los ginebrinos me juzgaron con más talento que nadie. Una mujer muy ingeniosa y muy ginebrina dijo á otra : « Dicen que es muy tonto, pero á mí me divierte. » Esta frase me agradó en extremo. »

Como se comprende, el enfado de los burgueses susceptibles ayudó al éxito que la sencillez del libro no habría obtenido. En el mismo año se hizo una segunda edición de las *Cartas*. Continuaban tan quisquillosos, que los versos graciosos y aduladores que el autor puso como prefacio (Madama de Charrière

(2) Novela Holmuesa.

hacia versos muy agradables) fueron mal interpretados y tomados por una ironía más. « ¿Está tan claro — decía un hombre de talento de aquel país, — que no pueden decirnos un cumplido que no sea una burla? »

Para nosotros, desinteresados, las *Cartas Neuchatelesas*, son sencillamente una pequeña perla en este género de literatura en el que hemos tenido á *Mademoiselle de Liron*; en el que Genoveva de *Andris* es la misma poesía y en el que *Manón Lescaut* es la obra maestra. A falta de pasión propiamente dicha, un fondo discreto y suavemente patético se une á la chanza realista y al tono ingenuo de los personajes y de la vida familiar de la ciudad pequeña sorprendida. Algo del detalle holandés, pero sin la aplicación ni la minucia, y con la rapidez bien francesa. Como no exagero nada no temo citar mucho. — La primera carta es de Juliana C... á su tía. Juliana, pobre obrera modista, en su dialecto ingenuo, cuenta cómo le ha ocurrido anteayer una gran aventura. Todo el día habían trabajado en un vestido de la señorita Le Prise, una bella señorita de la ciudad, y cuando estuvo acabado sus maestras enviaron á Juliana para que fuese á llevarlo. Pero bajando el Nerbourg, la pobre muchacha deja caer el vestido en el suelo cubierto de barro, pues había llovido. ¿Cómo atreverse á llevarlo en tal estado? ¿Cómo volver á casa de sus maestras tan severas? Permaneció inmóvil y llorando. Pero un señor joven estaba allí, vió el deconsuelo de la muchacha, y sin preocuparse de los burlones, le ayudó á recoger el vestido, le ofreció acompañarla á casa de sus maestras, la disculpó ante ellas y al despedirse la entregó una moneda de plata. En todo esto, notadlo bien, había bondad y una especie de valor, pues la muchachita, aunque bonita, estaba tan mal vestida, que un elegante un poco vanidoso no habría querido ser visto en la calle con ella.

Este buen acaballero, que ocupa el cerebro de la pobre muchacha, es un extranjero, Enrique Meyer,

hijo de un honrado comerciante de Estrasburgo, sobrino de un rico comerciante de Francfort y llegado hacia poco á Neuchatel para aprender el comercio; era un aprendiz de mostrador y nada más. Pero tiene talento, buenos sentimientos, bastante instrucción y es bien nacido. Sus cartas, que siguen á las de Juliana, y que dirige á su amigo de la niñez Godefroy Dorville, de Hamburgo, nos demuestran su natural distracción y nos hacen quererle. Comienza juzgando severamente á Neuchatel y á sus habitantes. Mas ¿por qué es preciso que caiga en la ciudad en plena vendimia, en las calles sucias y llenas de obstáculos? Nadie se ocupa de grandes ni de pequeños, y cada cual piensa en su vino :

« ¡ Es una cosa terrible este vino ! Durante seis semanas no he visto á dos personas juntas que no hablasen de la *venta* (1), y sería muy largo explicarte, y llegarías á aburrirme cómo me he aburrido yo. Baste decirte que la mitad del país encuentra muy alto lo que la otra mitad encuentra muy bajo, según el interés que cada uno puede tener, y hoy se discute la cosa de nuevo aunque hace tres semanas que está decidida. Yo, si hago un oficio, al ganar dinero, trataré de no hablar á nadie del vivo deseo que tengo de lograrlo, pues esa conversación es repugnante. »

Enrique Meyer siendo buen dependiente en el mostrador, tiene el corazón liberal, gustos nobles; ha tomado un profesor de violín, no quiere renunciar á los frutos de su buena educación y se preocupa de hablar el latín. En una ocasión cita el *Hurón* ó *El Ingenuo*, y sin embargo, no lo es él mismo. Pero esto no tiene nada de extraño. He aquí una de las páginas burlonas, que los Neuchateleses de *entonces* (así como de Holanda yo no hablo más que del tiempo pasado), no perdonaban á Madame de Charrière :

« Una cosa me ha llamado la atención aquí. Mi zapa-

(1) La *venta* es el precio fijo anual del vino establecido por el Gobierno.

tero, mi peluquero, un muchachito que me hace los recados y un rico comerciante tienen todos el mismo nombre. Es también el de dos sastres que por casualidad he conocido, un oficial muy elegante que vive enfrente de mi jefe y un ministro á quien he oído predicar esta mañana. Ayer encontré una dama muy bien vestida, le pregunté su nombre y era el mismo. Hay otro nombre que es común á un albañil, á un tonelero y á un Consejero de Estado. Le he preguntado á mi jefe si todas esas personas eran parientes y me ha contestado que en cierto modo sí; esto me ha agradado. Es seguramente agradable trabajar para sus parientes cuando se es pobre y dar trabajo á sus parientes cuando se es rico. No debe haber entre esta gente la misma triste humildad ni el mismo orgullo que he visto en otras partes. »

« Hay algunas familias que no son tan numerosas, pero cuando nombraban á las personas de estas familias me decían casi siempre : Es la señora tal, hija del señor tal (de una de las familias numerosas), de suerte que me parece que todos los Neuchateleses, son parientes los unos de los otros, y se visten, como los he visto con asombro, en el tiempo de las vendimias, con unos zapatones, medias de lana y unos pañuelos de seda al cuello. »

Meyer está invitado á un concierto pocos días después de la aventura del vestido, el cual ha tenido para la obrerita algunas ligeras consecuencias, y en el concierto está poco interesado. Sin embargo, cuando oye anunciar á la señorita Mariana de La Prise, esa bella señorita de quien todo el mundo dice tanto bueno y á quien iba destinado el vestido, cuando ve subir á la orquesta á esta personita, alta, delgada, muy elegante aunque sencilla, cuando reconoce el vestido un día levantado del suelo con la mayor delicadeza que pudo, se turba, á pesar de que en todo aquello no había nada de extraordinario. Ella debía cantar á su lado y él debía acompañarla. Absorto, la

mira andar, detenerse, y coger el papel de música :

« Yo la miraba con un aspecto tan raro, según me han dicho después, que no dudo que fuese aquello lo que la hizo enrojecer hasta los ojos. Dejó caer el papel de música sin que yo tuviese la ocurrencia de recogerlo, y cuando fué preciso coger mi violín, el que estaba á mi lado tuvo que tirarme de la manga. Nunca estuve más tonto ni con más enojo por haberlo estado. Enrojezco cuando lo pienso, y te habría escrito aquella misma noche mi pena si no hubiese sido preciso emplear la hora que quedaba desde el concierto hasta el correo, en ayudar á estos señores á enviar las cartas comerciales. »

¿ Quién es, pues, la señorita de la Prise? ¡ Virginia, Valeriana, Natalia, Senange, Princesa de Cleves, criaturas encantadoras, bajaros, bajaros un poco, para dar á esta sencilla, elegante, ingenua y generosa muchacha un beso de hermana !

Y vos bella Saint-Ives de cierto conde muy bromista, elevaros, ennobleceos un poco, haced vuestras lágrimas más razonables, haceros más pura y respetada para llegar á ella.

Después del incidente del concierto Meyer no había vuelto á ver á la señorita de La Prise. La vuelve á encontrar en un baile para el que le han enviado de dos lados diferentes dos billetes. De uno de ellos ha dispuesto con bastante ligereza, para un amigo de mostrador que estaba presente cuando recibía el segundo, pero no ha podido resistirse á la petición.

« Ayer, viernes, fué el día esperado, temido, deseado; y nos encaminamos hacia la sala él muy contento y yo con alguna intranquilidad. El asunto del billete no era la sola cosa que me tenía preocupado, sino que pensaba en que la señorita de La Prise estaría en el baile y me preguntaba si sería preciso que yo la saludase y en qué forma, si debía hablarla y si podría pedirle que bailase conmigo. Mi corazón latía, tenía

su figura y su vestido delante de mi vista, y cuando en efecto al entrar en la sala la vi sentada en un banco, cerca de la puerta, apenas la vi más distintamente que había visto su imagen. Pero yo no titubeé más, y sin reflexionar, sin temer nada, me fui derecho á ella, la hablé del concierto, de su aria, de otra cosa todavía, y sin azorarme, por los grandes ojos asombrados de una de sus compañeras, la rogué que me concediese el honor de bailar con ella la primera contradanza. Me dijo que estaba comprometida. — Pues; bien ¿la segunda? — Estoy comprometida. — ¿La tercera? — Estoy comprometida. — ¿La cuarta? ¿La quinta? Yo no me cansaré — le dije riendo. — Eso está muy lejos — me contestó; — es tarde ya, van á comenzar; si el conde Max no viene, bailaré con usted la primera. — Yo la di las gracias y en aquel momento viene á mi una dama y me dice : — ¡ Ah, señor Meyer ! ¿ ha recibido usted un billete? — Sí, señora y le doy mil gracias, pues no he recibido uno, sino dos, de los cuales uno lo di á mi amigo M. Monin. — ¡ Cómo ! — dijo la dama; — ¡ un billete enviado para usted; esa no era la intención y no está dentro del orden ! — Temí, señora haber hecho mal — le contesté; — pero ya era demasiado tarde para rehacerme con el billete, y hubiera preferido no venir aquí, aunque muchos eran mis deseos, á quitarle á mi amigo el billete y venir sin su compañía. El no ha pensado en que yo haya cometido una falta y ha venido conmigo en la mayor seguridad. — ¡ Oh bien ! Por una vez no ha habido ningún daño. — Pero — añadí yo, — señora; si están descontentos de nosotros no nos invitarán más, pero si desean que uno de nosotros vuelva, creo que no será sin el otro. — Después se ha marchado echando de lejos á mi amigo una mirada de observación y protectora. — Trataré de bailar también con su amigo, me dijo la señorita de La Prise con un aire encantador. — Y hé aquí que empieza el baile y el conde Max no había llegado todavía. Me presentó su mano con una gracia exquisita. Ya íbamos á comenzar cuando

la Señorita de La Prise exclamó : — ¡ Ah, ya está ahí el conde. — En efecto era él y se aproximó á nosotros con un aspecto de pena y mortificado. Yo le dije : Señor conde, la señorita me ha rogado que bailase con ella en su lugar. Se alegrará seguramente que le entregue á usted mi puesto, y acaso ella tenga la bondad de indemnizarme. — No, señor; dijo el conde, usted ha sido demasiado bueno y esto no es justo. Es imperdonable el haberme hecho esperar, y estoy tan castigado como merezco. — La señorita de La Prise ha parecido tan contenta como el conde de mi conducta y le ha prometido el cuarto baile, y á mí el quinto para mi amigo, y el sexto para mí. Yo estaba muy contento y nunca bailé con tanto placer. El baile era para mí una cosa nueva, y lo encontraba más espiritual que nunca. De buena gana la hubiera dado las gracias al inventor y pensaba que debía tener un alma y una señorita de La Prise para bailar. Sin duda unas muchachas como ésta fueron las que sugirieron la idea del baile á las Musas.

« La Señorita de La Prise bailaba alegremente, suavemente y decentemente. He visto bailar á otras muchachas con más gracia, y á algunas hasta con más habilidad, pero ninguna que baile más agradablemente. Lo mismo se puede decir de su cara; las hay más bellas, más deslumbrantes, pero ninguna que agrade tanto como la suya; me parece al ver cómo la miran que todos los hombres, piensan lo mismo que yo. Lo que me sorprende es la especie de confianza y casi de alegría que me inspira. Algunas veces me parece que somos antiguos amigos, y me pregunto si no nos habremos visto durante nuestra infancia. Me parecía que ella pensaba igual que yo y esperaba que me lo dijese. Mientras que yo esté contento de mí mismo quiero tener á la señorita de La Prise por testigo; pero cuando esté descontento mi pena y mi vergüenza serían dobles si supiese ella lo que me reprocho. Hay ciertas cosas en mi conducta que me disgustaban bastante antes del baile; pero que me disgustan mucho

más desde que deseo que ella las ignore. Yo deseo que su recuerdo no me abandone nunca para preservarme de una nueva caída. Sería un bonito ángel tutelar, sobre todo si pudiese interesarla. »

La señorita de La Prise es hija única de un gentilhomme de los más nobles, nacido en Bourgogne, de una rama recién venida al país con Filiberto de Chalons, pero cuya fortuna está muy decaída. Ha servido en Francia, está casi arruinado y está gotoso. Su mujer, que no tiene el aspecto de ser la esposa de su marido ni la madre de su hija, es guapa y á esto sin duda debió su matrimonio, pues es un poco vulgar. El padre adora á su hija, y contiene sus lágrimas cuando la mira, pues los bienes disminuyen, ha sido preciso vender un campo en Val-de-Travers, las viñas de Auvernier apenas producen, y cada día sus piernas se hinchan más. Sus rentas se terminarán con él y ¿ qué será luego de la adorable niña? Aún no la conocemos sino por Meyer, pero ella va á presentarse. Escribe á su mejor amiga, Eugenia de Ville, que hace un año está en Marsella, y se le escapan algunos detalles de su aburrimiento :

« ¿ Y tú qué haces? ¿ Pasarás el invierno en Marsella ó en el campo? ¿ Piensas en casarte? ¿ Has llegado á pasarte bien sin mí? Yo no sé qué hacer de mi corazón. Cuando me ocurre expresar lo que siento, lo que exijo de mí y de los demás, lo que deseo, lo que pienso, nadie me escucha y no intereso á nadie. Contigo todo tenía vida y sin ti me parece que todo está muerto. Seguramente los demás no sienten la misma necesidad que yo, pues si buscasen un corazón encontrarían el mío. »

Sin embargo, no siempre se queja ni siempre está tan desilusionada como en este momento; pero por la mañana, su madre ha echado una antigua criada que le servía desde hacía diez años, y la pena de la muchacha ha desbordado. En su primera carta no

habla más que de algunos jóvenes á la moda, dos condes alemanes recién llegados (el conde Max y su hermano), pero en la segunda adivinamos á Meyer :

« Los conciertos han comenzado — escribe, — he cantado en el primero y creo que se burlaron de mí por el azoramiento que sentí no sé por qué, pues la causa fué un conjunto de cosas pequeñas que no sabría explicarte. Cada una de ellas es un nada, ó no debe parecer nada aun cuando fuese algo. »

Pero he aquí que se dibuja mejor y se aclara el misterio :

« Me parece que tengo algo que decirte, y cuando voy á empezar no veo nada que valga la pena de ser dicho. Todos estos días me disponía á escribirte, y he tenido la pluma en la mano mucho tiempo sin trazar una sola línea. Todos los hechos son tan pequeños que el relato sería aburrido aun para mí, y la impresión es á veces tan fuerte que yo no sabría descubrirla, pues además es muy confusa. Algunas veces me parece que no me ha ocurrido nada y que no tengo nada que contarte, que nada ha cambiado para mí y que pasará este invierno como el otro; que hay algunos jóvenes extranjeros en Neuchatel desconocidos para mí, cuyo nombre apenas sé y con los que no tengo nada de común. En efecto, he ido al concierto, dejé caer mi papel de música, he cantado bastante mal, he bailado con todo el mundo sobre todo con dos condes alsacianos y dos jóvenes comerciantes; ¿ qué hay en todo esto de extraordinario para que yo pueda contarte una historia detallada? Otras veces, me figuro que me han ocurrido mil cosas, y que si tú tuvieses paciencia para escucharme podría escribir una larga historia. Me parece que he cambiado y que todo el mundo también ha cambiado; que tengo otras esperanzas y otros temores; que excepto para ti y para mi padre me he vuelto indiferente para todo aquello que antes me interesaba, y que, en revancha, me intereso en cosas

que antes no miraba sino maquinalmente. Adivino que hay gentes que me protegen y otras que me perjudican; en una palabra, mi corazón y mi cabeza son dos caos. Permíteme, mi querida Eugenia, que no te diga más hasta que esto esté más desembrollado, y que entre en mi estado normal, suponiendo que pueda volver á él. »

Al entresacar estas frases sencillas, no puedo evitar hacer notar que las copio precisamente del ejemplar de *Carlas Neuchatelesas* que ha pertenecido á Madama de Montolieu, y pienso en el contraste de este tono perfectamente unido y real con el género novelesco, desde luego muy interesante, de *Caroline de Lichsfield*. Madama de Charrière no tiene nada tampoco de Juan Jacobo; todo es natural en su novela como en el antiguo cuento italiano.

La señorita de La Prise tiene franqueza y como la abadesa de Castro, y como Julieta ama y lo dice y sabe mirar de frente al relámpago cuando brilla :

« Ocurra lo que ocurra, me parece que si me aman mucho y si yo amo mucho, no podré ser desgraciada. Mi madre me riñe desde entonces, pero esto no turba mi alegría. Mis amigas me parecen más toscas y digo *mis amigas* por pura benevolencia, pues sabes que no tengo más amigas que tú. Te prefiero á M. Meyer, y si tú estuvieses aquí y te gustase te lo cedería. No creerá que hablamos de él, pues desde el concierto no he vuelto á verle. Mas espero que venga á la primera reunión porque las señoras, sin que yo se lo pida, tendrán la galantería de invitarle. Cuando entre estará cerca de la puerta. Entonces se decidirá la cuestión : saber si M. Meyer será el alma de la vida entera de tu amiga ó si no habrá sido más que un sueño ligero y agradable que me ha divertido durante un mes; será lo uno ó lo otro y en unos momentos quedará aclarado. Adiós, Eugenia mía, mi padre está más contento de mí que nunca; me encuentra encantadora, dice que no

hay otra igual á su hija y que no la cambiaría por las mejores piernas del mundo. Ya ves que mi locura sirve para algo bueno. Adiós. »

Esta amante tan resuelta es la misma que escribe á su amiga á quien quiere casar, esta otra página llena de caprichosos consejos, y de exquisitas y graciosas delicadezas :

« Todos tus detalles son encantadores; tú no amarás, no amarás nunca al hombre que te destinan; es decir, no le amarás nunca mucho, si no te casas con él podrás casarte con otro. Si te casas os seréis agradables el uno al otro y viviréis contentos. Acaso tú no exijas que todas sus miradas sean para ti ni todas las tuyas para él, no te reprocharás el haber pensado en otra cosa ni el haber dicho nada que pueda causarle pena. Le explicarás la cosa, y como habrá sido buena, todo irá bien. Tú harás más por él que por mí; pero me querrás más que á él. Nosotras nos entenderemos mejor, puesto que ya estamos compenetradas y hay entre nosotras una simpatía que no nacerá entre vosotros. Si esto te conviene, cástate, Eugenia. Piensa, sin embargo, y mira en torno tuyo si no hay otro que despertaría en ti otro sentimiento. ¿ No has leído novelas y no has compartido las sensaciones con la heroína? Averigua si tu esposo no te ama de diferente manera que tú á él. Dile, por ejemplo, que tienes una amiga que te quiere mucho y que tú no quieres á nadie tanto como á ella. Mira si se pone colorado y si se enfada, y si es así no te cases. Si esto le es absolutamente igual no te cases tampoco. Pero si te dice que siente verte alejada de mí, y que vendréis juntos á Neuchatel á verme, cástate porque será un buen marido. No sé de dónde saco todo esto, pues antes no había pensado en ello, acaso no tenga todo esto sentido común. Te declaro, sin embargo, que tengo muy buena opinión de mis observaciones,... no observaciones ¿ cómo diría yo? de esta luz que he encontrado en mi corazón y que